



(PLEGARIA EUCARÍSTICA VC)

Te damos gracias,
Padre fiel y lleno de ternura,
porque tanto amaste al mundo
que le has entregado a tu Hijo,
para que fuera nuestro Señor y nuestro hermano.

Él manifiesta su amor
para con los pobres y los enfermos,
para con los pequeños y los pecadores.

Él nunca permaneció indiferente
ante el sufrimiento humano;
su vida y su palabra son para nosotros
la prueba de tu amor.

(PLEGARIA EUCARÍSTICA VB)

“Danos entrañas de misericordia
frente a toda miseria humana,
inspíranos el gesto y la palabra oportuna
frente al hermano solo y desamparado
ayúdanos a mostrarnos disponibles
ante quien se siente explotado y deprimido.

Que tu Iglesia, Señor,
sea un recinto de verdad y de amor,
de libertad, de justicia y de paz,
para que todos encuentren en ella
un motivo para seguir esperando.”

Implementando el Plan. La palabra
a las comunidades. (3/3)

Por Raúl Arderí, S.J.

Dándolo todo (Mc 12, 38-44)

Por Oscar Ávila, S.J.

Tolerancia

Por Jorge A. Núñez Hernández

SANTORAL

D 10: San León Magno / L 11: San Martín
de Tours / M 12: San Josafat / Mi: 13 San
Diego / J 14: San Rufo / V 15: San Eugenio
de Palma / S 16: San Cristóbal

Implementando el Plan. La palabra a las comunidades. (3/3)

Por Raúl Arderí, S.J.



La implementación del Plan Pastoral de la Iglesia en Cuba (2023-2030) requiere un proceso de discernimiento comunitario que permita identificar las prioridades y estrategias más adecuadas. Este discernimiento debe ser participativo, involucrando a todos los miembros de la comunidad, desde los laicos hasta los pastores. Es fundamental crear espacios de respeto y diálogo sincero, donde cada voz sea tenida en cuenta verdaderamente.

Estos espacios pueden brindar una oportunidad para que las comunidades asuman el protagonismo de la ejecución del Plan. La tarea del discernimiento de las prioridades y las acciones concretas, corresponde a las necesidades de cada diócesis, parroquia, grupo pastoral, comisión diocesana, etc., y por lo tanto, cada una de estas realidades debe ser animada y acompañada en el camino. La novedad de este Plan es la propuesta de una metodología concreta, llamada conversación espiritual, para realizar estos encuentros.

Sería ingenuo pensar que la conversación espiritual por sí sola es la solución para tomar las mejores decisiones. Por ello el Plan sugiere también momentos específicos de oración personal y comunitaria, inspirados en la figura del buen samaritano, pidiendo la gracia para responder con valentía y generosidad ante los heridos de Cuba hoy. También son imprescindibles espacios de formación teológica, diálogo y debates sobre las im-

plicaciones pastorales de las tres llamadas fundamentales.

El jesuita José García de Castro destaca varios frutos de la conversación espiritual. Primero, fomenta un conocimiento profundo y personal entre los interlocutores, permitiendo una mayor comprensión de sus vidas y de cómo Dios actúa en cada uno. Además, la conversación espiritual aumenta la comprensión entre los miembros del grupo, lo que fortalece la cohesión y favorece el desarrollo de una misión compartida. Cuando las decisiones se toman a través de este ejercicio, todos se implican más fácilmente en su ejecución.

Este espacio también actúa como una escuela de fraternidad, eliminando distinciones artificiales. Recuperar estos encuentros, donde podamos escucharnos con respeto y expresar nuestras opiniones sin miedo en un ambiente de confianza, sería en sí mismo un proceso sanador de nuestras heridas como nación.

Por otro lado, no basta con preparar en cada comunidad y diócesis encuentros de planificación donde todos sus integrantes, o un grupo de representantes de cada parroquia, decidan cuál línea de acción priorizar en cada momento y qué actividades se podrían realizar para conseguirlo. Esto sería un paso significativo, pero es necesario también poder evaluar con serenidad el camino transitado, y compartir los avances y dificultades que vamos encontrando en el desarrollo del mismo.

¿Por qué no pensar en un encuentro nacional de obispos y laicos, sacerdotes y religiosas involucrados en este proceso, que sirva para tomarle el pulso y al mismo tiempo proyectar los pasos futuros? ¿Por qué no soñar una instancia periódica de participación, como fue el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC)? Aunque estas ideas parezcan imposibles, nuestra confianza está en la fidelidad de Dios a su pueblo. Sabemos que su palabra definitiva sobre nuestra Isla herida será una palabra de salvación, porque Él mismo ya la ha anticipado resucitando a su Hijo de la muerte.

Dándolo todo (Mc 12, 38-44)

Por Oscar Ávila, S.J.



El relato de este domingo está dividido en dos partes, son dos enseñanzas. De ellas Jesús quiere que sus discípulos aprendan en dónde poner la confianza.

En el primer relato se habla de la actitud que tienen los maestros de la ley, los sacerdotes y escribas, que en ocasiones están más preocupados de las cosas externas y despreocupan la atención a la vida interna de servicio y atención a los pobres. Muchas veces nuestra actitud evangélica es solo de signos externos: que nos vean y que lo que hagamos esté adornado de todo lo necesario. Muchas veces con discursos de “lo mejor para Dios”, nos vamos llenando de accesorios que, más que acercar a Dios al pueblo sencillo, lo ponemos inalcanzable. Llenamos de tantas cosas nuestras celebraciones, que se pierde lo esencial: la cercanía que Jesús quiere tener con los descartados de la sociedad.

El otro ejemplo que ofrece el texto es el de una viuda pobre que da lo que tiene por agradar a su Señor en el templo. Es una mujer que se desprende de todo, que no se guarda nada para sí, sino que todo lo entrega, confiando plenamente en que sólo Dios basta y que su Señor no la abandonará, pues Él siempre está

atento a las necesidades de la humanidad, en especial de los que son marginados. El ejemplo de esta mujer nos invita a confiar en Dios, sabiendo que de Él viene todo y a Él debe retornar.

Estos dos ejemplos son modelos de cómo queremos vivir nuestra experiencia comunitaria: construyendo desde el confiar pleno en Dios, poniendo lo mejor de nosotros al servicio de quienes más lo necesitan, haciendo nuestra experiencia comunitaria como un encuentro entre hermanos y hermanas que son capaces de poner todo en común para juntos ir edificando la comunidad creyente que da testimonio del amor de Dios que se nos revela. O bien somos los que ponemos atención a los signos externos, en donde no dejamos que sea la comunidad la protagonista de nuestro modo de ser Iglesia, sino que la personalizamos en nosotros mismos, llenándonos de signos y ritos que no acercan a Jesús a los pobres y desdichados de nuestro tiempo.

Hoy seguimos siendo invitados a este desafío, pues la tensión existe en nosotros. Jesús nos llama a poner atención en el modo de celebrar y transmitir nuestra fe, a descansar nuestra confianza en el Dios vivo, dando todo lo que tenemos para construir una comunidad abierta que acoge y celebra la vida de todos y todas. Confiemos, como la viuda pobre, que Dios hace iglesia y comunidad desde lo que nosotros somos capaces de dar.



Orando en la semana

D 10: 1Re 17, 10-16 / Sal 145 / Heb 9, 24-28 /
Mc 12, 38-44

L 11: Tit 1, 1-9 / Sal 23 / Lc 17, 1-6

M 12: Tit 2, 1-8. 11-14 / Sal 36 / Lc 17, 7-10

Mi 13: Tit 3, 1-7 / Sal 22 / Lc 17, 11-19

J 14: Flm 7-20 / Sal 145 / Lc 17, 20-25

V 15: 2 Jn 4-9 / Sal 118 / Lc 17, 26-37

S 16: 3 Jn 5-8 / Sal 111 / Lc 18,1-8

16 de Noviembre, Día Internacional para la Tolerancia

Tolerancia

Por Jorge A. Núñez Hernández



La comunidad internacional celebra el Día Internacional de la Tolerancia cada 16 de noviembre. La ONU invitó a hacer esa celebración desde 1996, como una manera de reconocer la importancia de la práctica de la tolerancia en las sociedades modernas. Se trata de un concepto complejo y sujeto a diversas interpretaciones, pero esencial en la política, en las concepciones democráticas y en la educación cívica.

No se puede hablar de auténtico humanismo sin tolerancia. La tolerancia es una consecuencia natural del reconocimiento de la diversidad como una riqueza. Implica la capacidad de respetar la dignidad de la persona humana como fundamento del diálogo político, más allá de las diferencias. John Stuart Mill afirmó que sólo a través de la diversidad de opiniones puede abrirse paso la verdad. En contraposición, la censura excesiva es la nota distintiva de un sistema político intolerante, que pretende imponer la imagen de uniformidad, contrario no sólo

a la diversidad de la condición humana, sino también al desarrollo, al progreso y a la concordia social. La democracia no es la imposición de las ideas de la mayoría. La fortaleza de la democracia se muestra por los derechos, las oportunidades y la representatividad de las minorías.

En Cuba se pretende mostrar una supuesta tolerancia sobre algunos aspectos. El artículo 42 de la Constitución dice proteger contra la discriminación “por razones de sexo, género, orientación sexual, identidad de género, origen étnico, color de piel, creencia religiosa, discapacidad, origen nacional o territorial o cualquier otra condición o circunstancia personal que implique distinción lesiva a la dignidad humana”. Resulta que los cubanos somos diversos en todo, excepto en lo político, lo cual es absurdo, y un ejemplo obvio de cuán alejada está la tolerancia del lenguaje político. La falta de tolerancia también se muestra en otros espacios, desde los debates en las redes sociales hasta en los ámbitos cotidianos de convivencia.

La intolerancia tiene sus orígenes en la inseguridad, el miedo y la ignorancia, tanto a nivel personal como político. La amplitud con la que se ha abordado el tema de la tolerancia en los teóricos de la política demuestra la importancia que se le concede. Asimismo, la ausencia del término en el discurso político en Cuba es muy significativa.

Las ideologías, en su pretensión forzada de alcanzar la unidad desde presupuestos equivocados, terminan provocando más división. En el caso de Cuba, ha llegado a dañar un núcleo tan íntimo como es la familia. Un proyecto político que no practique y estimule la tolerancia, en un clima de diálogo y de amistad cívica, sólo puede tender al fracaso. Es preciso establecer en nuestro país una cultura de la tolerancia y el respeto, desde la educación hasta el discurso político.